

EL DISLOQUE

Órgano de la desorganización social.

Número suelto 10 céntimos.



Año I.

Madrid 22 de Agosto de 1899.

Núm. 12.

LO QUE HACE EL MIEDO



¡Nada! Por mucho que tuerzas
hacia un lado ú otro lado,
ya te hemos pronosticado
que te faltarán las fuerzas.

MILAGRO DE DIOS

Nos hemos pasado toda la semana esperando la visita del Juzgado y nos ha parecido imposible no verle llegar á las puertas de la redacción con el auto consabido.

¿Qué hemos hecho, Dios mío, para no merecer la gracia del Fiscal de imprenta?

Se conoce que el representante de la Ley se ha convencido de nuestra inocencia y ha hecho mangas y capirotos de las excitaciones gubernativas.

Durante estos siete días hemos tenido el alma en un hilo y hemos aguardado pacientemente las iras del Gobernador turnándonos todos los redactores para que en el momento oportuno la justicia se encontrase con alguien de la casa.

Por eso nos ha extrañado no ver asomar la cabeza de Palas por este establecimiento.

¿Será quizás que por efecto de la calle en que vivimos, el Sr. Liniers se ha equivocado de señas y ha mandado á los suyos á otro número cualquiera?

Por que ¡cuidado si hay casas que denunciar en la calle de Jardines!...

San Sebastián... mártir.

De nuestro corresponsal telegráfico
Sr. Lagarto y Lagarto.

San Sebastián 19 (1,20 m.)

«Toda la Real familia ha asistido esta noche al teatro con el exclusivo objeto de ver *Gigantes y Cabezudos*.

S. M. participó del espectáculo al mismo tiempo que una porción de personajes políticos.

Preocupada, sin duda, con esto, S. M. no pudo ver más que los *Cabezudos*.

En cambio no ha podido ver *Gigantes*.»

San Sebastián 19 (2,35 m.)

«La Reina ha llamado á su palco al maestro Caballero. Este acudió solícito, oyendo de boca de la Reina las frases más encomiásticas en elogio de su música.

El maestro dejó la batuta para subir al palco.»

San Sebastián 19 (2,40 m.)

«De la conversación que la Reina ha sostenido con el maestro Caballero puedo transmitir algunos detalles.

Después de elogiarle la Regente por su inspiración cada vez más fresca, abordó la cuestión de la obra, pidiendo al maestro detalles muy especialísimos que al ser contestados por D. Manuel, satisficieron la curiosidad de la Reina.

El maestro Caballero que, como saben los lectores de EL DISLOQUE, acaba de sufrir una operación en la vista, no notó las cataratas en aquel momento.

Mientras estuvo en el palco, todo el público decía á voz en grito: ¡Música! ¡Música!...

San Sebastián 19 (3,45 m.)

«Consiguiendo lo que otros corresponsales no han podido, puedo asegurar que en la conversación que sostu-

vieron S. M. y el popular maestro, la primera se limitó á pedir explicaciones al segundo respecto de la letra que se canta en la popular jota.

Doña Cristina ha creído ver una alusión en aquello de *Si las mujeres mandasen*...

Lagarto Lagarto.

García en París.

Salió de la Bourboulle con el poco rabo que tiene entre las piernas, y antes de volver á lo que él llama Patria porque se lo ha oído decir á otros, quiso orearse un poco con aires parisinos, y en vez de descender hasta la frontera subió hasta el cerebro de Europa.

En París ha hecho furor.

Lo primero que se le ocurrió fué dirigirse al *barrio latino*, en la creencia de que por allí encontraría á Durán y Bas, pero cuando se convenció de que el *latín* de aquel barrio no era para él, volvió sus propias grupas hacia los *boulevares*.

Tenía el propósito de visitar al Ministro de la Guerra francés para llamarle *confrere*, que es palabra que llevaba apuntada por indicación de Reparáz; pero á la puerta del Ministerio le pararon los pies, que es lo único que pueden pararle, y el pobre D. Camilo tuvo que devorar su humillación en un *Bouillon-Douval* donde le dieron de comer por un franco cincuenta céntimos, mejor que en Lhardy según confesión propia.

Cuando el general vió que le servían la sopa por medio de un carro, exclamó con toda sinceridad:

—¡Si viera esto Jiménez Castellanos lo adoptaba para el rancho de los cuarteles!

A la salida quiso coger un *ómnibus*, pero le pasó lo que al personaje de Daudet en *Los Reyes en el destierro*: corrió detrás del vehículo sin que el conductor le hiciese caso.

Y es que ciertos generales en París no pasan de sargentos.

Sabemos también de muy buena tinta que el general quiso ir á *Mabille* para saber qué era eso del *cancán*, y aunque se ha valido de toda clase de precauciones *por mor* de los celos, nos consta que estuvo en el baile y echó los pies por alto como si allí le hubieran hablado de Weyler ó de Jiménez Castellanos.

Al llegar á la columna de Vendôme, donde consta de un modo absoluto el gran hecho histórico de la libertad humana, el general preguntó á su acompañante que quién mandaba aquella columna; no le cabía otra cosa en la cabeza.

El Sena le pareció más pequeño aún que el Manzanares, y se quejó de que un río tan hermoso no estuviese aprovechado para lavaderos como pasa en Madrid.

Cuando lo llevaron al *Louvre* iba temblando por que no quería pasar por la acera, sin duda acordándose de que si fuera hoy á la Habana le recibirían muy á gusto los de la *acera del Louvre*.

Y así sucesivamente.

El general en París ha hecho uno de los papeles más escogidos, y aunque iba en busca de la Legión de Honor, se ha quedado sin ser *decoré*.

No trae á su vuelta más que una cruz: la de su propio ministerio.

Lo único que le preocupa es la frase que le oyó al camarero del hotel y que todavía no ha podido traducir.

En el momento de recibir las propinas, la dependencia saludaba á D. Camilo diciéndole:

— *Vous êtes un general SANS TACHE*.

Y al general le venía sonando todo el camino su generalato á *chantage*.

Efectos de pronunciación.

MARINOS EN TIERRA

Gómez Imaz, el hombre misterioso que á más de ser Ministro de Marina, no sabe ni latín ni castellano ni siquiera lo que es ortografía, se marchó de la Corte tan contento dispuesto á hacer una excursión marítima. Lo primero que Gómez procuróse antes de abandonar la invicta villa fué un par de calabazas por si acaso tenía que embarcarse cualquier día. El eminente Gómez que es sabido que de *gourmand* horrible se acredita, pidió las calabazas bien rellenas por si acaso algo débil se sentía; y una vez preparado de esa forma se ha marchado derecho hacia la orilla no sin antes hacer varias escalas oliendo el hombre donde alguno guiso. Lo primero al llegar, fué simplemente purgarse, por medida preventiva, y una vez el estómago dispuesto, se fué derecho... á la oficial visita. Mucha genuflexión, mucho saludo, una porción de reales cortesías y sin hablar palabra, pues no sabe decir siquiera *que esta boca es mía*, se dispuso á almorzar tranquilamente sin preocuparse de la Real familia. ¡No fué nadie en la mesa el buen ministro! Siempre callado, porque no habla pizca, con los huevos al plato hizo primores, con los riñones hizo maravillas, y únicamente cuando vió los sesos sintió una repugnancia decidida. ¡Comer él esas cosas tan horribles! ¡Atracarse de sesos! ¡Qué herejía! ¡Qué dirían, entonces, del Ministro, los señores tenientes de Marina que sufren un arresto tontamente por protestar de cosas nada dignas?... ¡Gómez Imaz no come de esas cosas! ¡Su cerebro y su estómago se irritan y en ambos recipientes no le caben nada más que patatas y judías! No sabe D. Francisco lo que tiene en clase de Ministro de Marina. ¡Y es posible que á un hombre de esta laya se le puedan pedir economías? A un tragón como Gómez no hay manera de poderle tocar á la comida... Y si el Estado al fin ya se cansase de tener un Ministro sabandija, vaya á la Trasatlántica el Ministro ¡y á ver lo que le chupa al de Comillas!

El "break," del Presidente

Faltaban coches para la salida del expreso y sobraban viajeros.

En el andén de la estación de San Sebastián encontrábase el Presidente con la indumentaria de viaje y luciendo unos botines blancos de piqué que hubieran sido la admiración de Sánchez Romate (a) *Duque de Almodóvar* si los hubiera visto, porque también D. Francisco sabe lucirse cuando quiere tirárselas de elegante.

No es sólo Villaverde quien se las tira.

Decíamos que faltaban coches; el Presidente, en un exceso de cortesía y descendiendo desde la altura en que le ha colocado Martínez Campos, sintióse generoso y ofreció su *break* á los señores viajeros que estaban de *non*, los cuales eran una señora y diez caballeros.

¡Qué honor para las once familias! Viajar *tête á tête* con el propio Presidente del Consejo de Ministros no es cosa que está al alcance de todas las fortunas.

Lo único que no sabemos es si los once billetes irían á la cuenta de la Compañía ó los habrá reclamado el Sr. Silvela.

Durante el trayecto, los simples mortales que tuvieron el honor de viajar con el Presidente, sentíanse cohibidos por que la presencia de un gran hombre coharta siempre una porción de facultades que en otro caso cualquiera se pondrían en práctica.

Nos consta de una manera evidente que aquellos once viajeros eran personas que en más de una ocasión se han permitido ejercitar el derecho de la crítica para todos los actos del Sr. Silvela.

Y sin embargo, al llegar la ocasión de tenerlo frente á frente, enmudecieron de una manera absoluta.

Sin duda el Sr. Silvela iría bañándose en aguas de rosas al ver aquella sumisión y aquel respeto con que le trataban los favorecidos.

Para sus adentros iría diciéndose:

—¿Cómo he de ser impopular? Aquí estoy á la merced de estos infelices que bien podrían eliminarme quizás del mismo modo que eliminaron á Cánovas; y sin embargo, se esfuerzan en «reiterarme su consideración más distinguida» como pongo yo siempre al final de todos los *besalamanos*. ¡Son muy desdichados!

Mientras que los once viajeros pensarían á su vez:

—¿Y este es el gran hombre de que nos habla la política?

¡Este es un pobre diablo! Y ya que el diablo nos lleva, que nos lleve en coche.

Resumen de la *jornada*: los once viajeros quedaron complacidos de la diligencia y del celo con que se prestó el señor Silvela á solucionarles el conflicto de la falta de coches.

Y cada uno de ellos al apearse en la estación de su destino, comunicaba á los suyos el acontecimiento haciéndose lenguas de que el propio Presidente del Consejo les hubiera resuelto el problema de viajar en un tren al que faltaban coches. Todos ellos decían:

¡Qué amabilidad! Esto no es un jefe de partido: es un jefe de estación.

Policías militares.

Liniers y Jiménez pueden darse la mano.

La autoridad civil y la militar están tan de acuerdo, que tratan de sustituirse mutuamente prestándose servicios como buenos compañeros.

El gobernador vigila la higiene; trata de que la moral llegue al último rincón de la villa y no permite expansiones de cierto gusto ni aún al propio Linares Rivas que es lo más expansivo que conocemos lo mismo cuando está en el Gabinete que cuando está en otra habitación cualquiera.

El Capitán general en vista de que el rancho de los cuarteles está en su punto, trata á su vez de que la digestión de la tropa sea de lo más tranquila posible.

Para ello ha imaginado crear una vigilancia especial con objeto de que hasta las doce estén custodiadas las tabernas y no se permita en ellas la asistencia del *elemento armado*.

Si yo fuera recluta disponible solamente, ya estaba pidiéndole explicaciones al propio Capitán general por el hecho de suponerme capaz de pasar la noche en una taberna.

No se de donde ha sacado la autoridad militar que sus subordinados se pasan la vida en semejantes tugurios.

Es una de esas suposiciones gratuitas que maldito lo que honran y que basta solamente la sospecha para darse por ofendidos.

Y no es porque la taberna sea el sitio más denigrante que pueda escoger el Ejército para *alternar*; hay sitios bastante peores que no nos permitimos nombrar.

El vino ha sido siempre cosa de militares que jamás se han acobardado, y bien pudiera suceder que el general Jiménez Castellanos piense hacer de nuestros soldados hombres que no beban otra cosa como no sea *menta*.



Los primeros sucios.

EL GENERAL EN PARÍS



Nada, nada; soy un genio;
porque á mí me se figura
que ni el propio Don Arsenio
ha llegado á tanta altura.

Ayuntamiento de Madrid

LOS CUATRO ESQUINAS



—¿Me dá usted lumbre?
— En la otra esquina rebulle.